



## LA FABULOSA HISTORIA DEL GATO CIEMPIÉS

Hace no mucho tiempo, una hermosa parisina de 16 años, de nombre Pieds-Blancs, vivía a orillas del Sena en uno de los barrios más céntricos de la ciudad.

Le encantaba escaparse de casa para pasear por las Tullerías, el Louvre y el Palacio Real; observar a los turistas en la Torre Eiffel y los Campos Elíseos, con sus pequeñas cámaras digitales y sus enormes guías y planos de metro. El atardecer en la Ciudad de la Luz, visto desde los tejados, conformaba una estampa de una belleza extraordinaria, y aunque nunca había estado fuera de París sabía que no podía haber otro rincón tan bello en el mundo.

Pieds-Blancs amaba París.

También Lorraine amaba París, aunque ella sí había viajado por otras ciudades: Estrasburgo, Lyon, Bruselas, Berlín, Burdeos, Marsella, Milán... le gustaba conocer sitios nuevos siempre que fuera posible, aunque ya hacía mucho tiempo que no podía permitírselo.

Pero sobre todo, a Lorraine le encantaba acariciar el suave pelaje de su gata, que era completamente negra como el carbón excepto por sus cuatro piecitos blancos. Por eso le puso Pieds-Blancs.



A Lorraine también le gustaban los nombres descriptivos.

Los ojos de Pieds-Blancs eran de un amarillo intenso, los de Lorraine verdes oscuros. Lorraine había adoptado a Pieds-Blancs hace mucho tiempo: se la encontró un día que iba a tirar la basura (y no se esperaba tal sorpresa); cuando abrió el cubo notó que algo se movía y refunfuñaba entre las pestilencias. Cogió un palo del suelo y lentamente destapó la diminuta bolsa que cubría a un diminuto bulto oscuro. El diminuto bulto oscuro resultó ser un gato de un día y medio que sólo Dios sabe como había sobrevivido y que gimoteaba, pobrecito, con ahogados maullidos. A Lorraine se le partió el corazón y decidió que nunca más se separaría de él.

Sin embargo Pieds-Blancs no era el único amor de Lorraine. Otros dos habitantes ocupaban su pecho, se llamaban Jean Paul y Arnaud.

Jean Paul era el hijo de Lorraine, nació cuando ella tan sólo contaba con 19 años años y tuvo que criarlo sola. Ahora Jean Paul tenía 10 años y era uno de los niños más altos y más listos de su clase. Rubio como su madre, era de constitución fuerte –a diferencia de ella, que era menuda- y pronto le sacaría más de una cabeza.

Arnaud era la pareja de Lorraine y ella le amaba como nunca había amado a nadie más.



Tania Lobato

Un día, el pacífico mundo de Lorraine se desvaneció. Arnaud siempre había tenido un carácter celoso y posesivo, si bien nunca había sido violento. Le gustaba salir de casa sin mencionar a donde iba y a veces incluso desaparecía durante días; también disfrutaba malgastando el dinero aunque jamás decía en qué. Igualmente, adoraba las juergas y, más de una vez, había echado una canita al aire. Le encantaba flirtear con las mujeres.

Lorraine lo tomaba con resignación. “Me quiere”, se decía. Sin embargo, con los días, las semanas y los meses, ese *me-quiere* fue perdiendo fuerza en su interior, pues en el fondo sabía que aquello no era cierto y que se estaba engañando a sí misma.

“¿Tú sabes que él me quiere de verdad, a que sí, *ma petite chatte?*”

Había estado esperando todo el día sin noticias de Arnaud. La noche anterior habían discutido y él estuvo durmiendo en el salón; cuando ella se levantó por la mañana el sofá ya estaba vacío. Ahora ya eran cerca de las ocho de la noche y Arnaud ni había llamado ni había dado señales de vida. De repente se oyó como se abría la puerta del pasillo:

“¿Arnaud, eres tú?, ¿Arnaud?. Oh Arnaud... por fin... me tenías muy preocupada... ¿No me vas a decir nada?. Hola. ¿Eso es todo?, cariño he estado llamándote todo el día. No me digas. ¿Qué?, ¿lo dices en serio, Arnaud?. ¿Yo?. ¿Sabes que he estado muy preocupada?. Me alegro. ¿Me estás tomando el pelo?.



Tania Lobato

¿Yo?, no que va... eh... me alegro de que te preocupes por mí, en serio, anoche no me parecía que estuvieras preocupada. ¿Qué?. ¿Te lo tengo que repetir?, ¿no lo entiendes o qué?, digo que anoche no parecía que estuvieras preocupada. ¿Pero, Arnaud, cómo me puedes decir eso?. Lo que pasa, Lorraine, es que tú ya no me quieres... Sí, ya no te quiero”.

A veces las discusiones pueden ser muy violentas y las personas se hacen daño:

“¡Ah, cállate Lorraine, me estás enojando! No se qué tengo que hacer contigo Arnaud, todo te parece mal... Lo que tendrías que hacer es callarte, no tengo porqué escuchar insensateces... ¿Cómo que “insensateces”? No, porque eres una histérica como tu hermana, como las listas de tus amigas, como todas las mujeres... además, no me apetece oírte, Lorraine, no estoy para tonterías... Oh, eres despreciable, Arnaud, y un egoísta. ¿Egoísta yo?, ¿de qué vivirías tú si no fuera por mí? ¡Basta Arnaud!”.

En la casa sólo se oían gritos. Cada vez eran más fuertes. Portazos. Golpes. Lloros. Más gritos. Menos mal que Jean Paul estaba en casa de Sophie. Entonces, Arnaud se dejó llevar por sus impulsos... al fin y al cabo se había contenido muchas veces porque no quería que pensarán mal de él, porque no



Tania Lobato

quería que Lorraine le abandonase, pero le enervaba tanto en estas situaciones...

Ella se cayó al suelo del impacto y empezó a sangrar por la nariz.

Se hizo el silencio durante unos segundos. Silencio. ¿Silencio?. No, no era silencio, una especie de zumbido amenazante surgía del suelo. De repente, la bola negra y peluda con patas saltó encima de Arnaud y le arañó su rostro, dejándolo mucho peor que el de Lorraine. “¡¡¡Ahggg, bicho desgraciado!!!”. Se arrancó el animal como pudo y con una fuerza imperiosa lo arrojó contra una silla.

Fue hacia su cuarto y se encerró; anduvo recogiendo trastos. Lorraine lloraba en el salón con Pieds-Blancs en su regazo. Lloró durante tres cuartos de hora seguidos. En ese momento se abrió la puerta de la habitación y salió Arnaud con una maleta. Lorraine pensaba que vendría hacia el salón pero no fue así. Se oyó el fuerte golpetazo de la calle.

Arnaud desapareció y nunca más volvió a aparecer.

Desde aquel día Pieds-Blancs caminaba con dificultad y sufría cefaleas; había sido demasiado para sus viejos huesos; por un momento pensó que ya no lo contaba. Lorraine tampoco era la misma: tenía el pelo sucio y había adelgazado más de diez kilos, no comía ni dormía y tenía un aspecto demacrado; estaba dejada. Sonó el teléfono:



Tania Lobato

“Oh Lorraine, pensaba que ya no me cogerías el móvil. Hola Sophie. ¿Cómo estás hoy, cielo?. Bien. No te creo Lorrie, esta tarde iré a verte. Que no, de verdad, estoy bien. Oye, soy tu hermana mayor, a mí no me puedes engañar, he dicho que iré esta tarde a verte e iré; además, no se si recuerdas que tienes un hijo, hazlo por él”.

No salía de casa, ni tampoco prestaba atención a Jean Paul –que se había mudado a casa de Sophie-, lo único que sabía hacer era llorar.

Y llorar, y llorar... todas las noches, todos los días.

Pieds-Blancs estaba profundamente apenada. Lorraine había dejado de ser Lorraine. A ella tampoco le hacía caso, sí que le cambiaba la tierra y le ponía comida y agua, pero ya no era con el cariño con el que lo hacía antes, ahora lo hacía de una manera puramente mecánica. Tampoco le hacía caricias ni la llamaba, ni quería jugar con ella.

Aquel día, cuando despertó, oyó algo en el baño. Se acercó. Lorraine estaba sentada en el suelo frío y tirada encima del váter. Vomitaba. Se acercó aún más: expulsaba bilis en grandes arcadas, estaba medio ahogada, sudorosa, pálida, y su aspecto era peor que nunca. No se percató de su presencia.

De repente sucedió algo increíblemente extraño: a Lorraine le dio un espasmo, se le pusieron los ojos en blanco y un bulto de color rojo empezó a



Tania Lobato

brotar muy lentamente de su boca. Era su corazón. No era como los que se representan en los libros de anatomía, sino más bien parecido a uno de juguete, a uno de los Enamorados, con la misma forma; tampoco le brotaba sangre y carecía de venas, pues solamente era eso, un corazón de juguete. Pero latía como los de verdad.

Pieds-Blancs no se podía creer lo que estaba veían sus ojos... ¡había vomitado el corazón!, ¿pero cómo podía ocurrir eso?. Entonces Lorraine se levantó sin apartar la vista del fondo y, mirando fijamente lo que acababa de expulsar, tiró de la cadena. Acto seguido, se recompuso las ropas, se limpió la boca y con actitud firme abandonó del cuarto de baño, como si nada hubiera pasado.

Su mirada ahora era fría, vacía... y sombría.

Lorraine está irreconocible. Ya no es la joven audaz y vivaracha de antes. Definitivamente se ha consumido. Sólo quedan despojos de su persona. No es que esté anulada, simplemente no está. No existe.

Pasan los días y Pieds-Blancs siente la ausencia de Lorraine como una losa. Ella está vieja y no quiere desaparecer sabiendo que su única amiga ha dejado de sonreír.



Tania Lobato

Suena el teléfono. Es igual. ¿Qué habrá sido del pequeño Jean-Paul?, ¿así se comporta una madre?, ¿por qué cambió todo el día que Lorraine vomitó el corazón?

Pieds-Blancs no quería admitirlo pero sabía que era cierto: Lorraine había dejado de sentir, era un cadáver. Su corazón había sido engullido por el desagüe.

Un día, nada más despertar, Pieds-Blancs tiene una fugaz revelación: no se morirá hasta que Lorraine vuelva a sonreír.

Pieds-Blancs guarda la promesa en el fondo de su alma.

Y llegó el día de la Noche Blanca. *La Nuit Blanche est arrivé.*

La luna llena entra a raudales por el amplio ventanal del balcón cercano a la balastrada. Un rayo se extiende desde el cielo, como si de una señal divina se tratase, iluminando el Salón de la Melancolía y produciendo un juego de luces y sombras sobrecogedor. Sin embargo, Lorraine no es consciente del espectáculo que acontece, simplemente se deja llevar por la inercia de sus acciones y por la oscuridad. Quiere dormir, pues anhela unos días de descanso tras la enfermedad que contrajo la semana pasada.



Tania Lobato

La cena le había sentado mal y había vomitado. No sabe cuál es el motivo pero desde entonces padece un gran malestar físico. Se le ha mudado el color de la tez y siente que le pesa el cuerpo. Sophie hubiera ido a cuidarla si se lo hubiera pedido pero no quería preocuparla. También tiene fiebres altas y se nota decaída; está desanimada y se le antoja que todo le da igual.

La apatía puede llegar a ser una fuerza destructiva muy poderosa.

Adormecida en el sofá de su salón oscuro espera a que se le pase el dolor de cabeza; no soporta la luz y solamente puede tolerar la que se introduce por la ventana, que es bastante suave.

En un momento dado abre los ojos y, sorprendida, contempla cómo Pieds-Blancs corretea por la estancia como si buscara algo desesperadamente. Se fija un poco más y siente que le hacen gracia las sombras que su cuerpo en movimiento refleja por el contraste de la luz. Por un extraño motivo la gata corre cada vez más y más deprisa y a Lorraine sus diminutos piecitos agitados le recuerdan a un ciempiés. Es divertido. Ahora recuerda por qué le puso de nombre “pies-blancos”.

Pronto pasa de la perplejidad a un estado más animado y una ligera sonrisa empieza a dibujarse en su cara. Va perdiendo la timidez y las reticencias iniciales y poco a poco comienza a emitir risitas ahogadas. Luego las risitas se convierten en risas contenidas y acto seguido en carcajadas; en carcajadas cada vez más estridentes.



Ya no puede parar de reír.

Entonces Pieds-Blancs se da cuenta: si desea que las risas de Lorraine no cesen tiene que seguir corriendo hasta el límite de sus fuerzas.

La gata corre y corre casi ahogada (¡sabe Dios con qué esfuerzo!), pero con tal de ver feliz a su amiga hace todo lo posible.

Por fin Lorraine consigue tomar aire un instante para respirar y tragar saliva. Enseguida se levanta divertida y empieza a jugar con su gata. Oh, hacía tanto que no lo pasaban tan bien... Lorraine siente que va a llorar de felicidad, pues una gran plenitud amenaza con salirse del cuerpo y se siente colmada en todo su ser.

¡Oh, *ma petite chatte*, qué feliz soy!- exclama llena de júbilo.

Agotadas, ambas, de tanta gimnasia, se paran a descansar unos momentos. Lorraine se deja caer en el sofá y Pieds-Blancs directamente en el suelo. Lorraine siente que se le va a salir el corazón de lo exhausta que se encuentra.



Tania Lobato

En esta ocasión vuelve a tener otra de aquellas extrañas visiones. Ella puede ver perfectamente en la oscuridad pero, aún así, bajo la luz de la luna la silueta de Lorraine se distingue nítidamente.

Con esa misma claridad observa el milagro: las manos de Lorraine, que estaban descansando sobre su regazo, se juntan y se cierran, y se alzan hacia el pecho, oprimiéndolo. Todo sucede muy rápido, pues en ese mismo instante el cuerpo de Lorraine se contrae y se agita en un espasmo, y se ahoga. Va a vomitar de nuevo.

Se coloca rápidamente las manos en la boca y una nueva arcada rehace su aparición. Un instante después baja las manos mientras otro espasmo resurge de sus entrañas.

Pieds-Blancs mira otra vez de frente y no puede creer lo que ven sus ojos, ¡Lorraine tiene otra vez el bulto rojo en la boca!. Casi no le cabe, parece que se le vaya a romper la mandíbula. Lorraine se ahoga y en esos momentos...

¡Glup!. ¡Se lo tragó!

Y de repente, como por arte de magia, ¡Zut!, el color sonrosado regresa a sus mejillas; sus ojos brillan y su sonrisa es más hermosa que nunca. Ha ocurrido el milagro.

Ahora Lorraine es feliz y Pieds-Blancs es más feliz aún, no cabe en sí de gozo.



Apresuradamente salta hacia el sofá y se tumba con Lorraine en su regazo. El calor corporal es agradable y con una absorbente sensación de bienestar se quedan dormidas.

Poco a poco el sol empezó a filtrarse por el cristal de la ventana y Lorraine no tardó mucho en despertarse. Bostezó y se estiró como pudo aunque seguía somnolienta. Cuando sintió que ya no le pesaban tanto los párpados, los levantó.

Miró a la preciosa bonita de pelo, que seguía dormida, y sintió que era feliz. ¿Qué más le podía pedir a la vida?, no era capaz de recordar porque se había sentido tan desdichada las últimas semanas cuando en esos momentos era tan afortunada. Todo había sido un mal sueño, tan sólo eso. Lo primero que iba a hacer era llamar a su hijo, que hacía mucho que no se preocupaba por él – cosa imperdonable en una madre-, y decirle a su hermana que la invitaba a comer, ¡cómo le apetecía ese día una comida familiar!. Pero antes tenía que dar de comer a su *petite chatte*.

Claro, ¿cómo iba a olvidarse de ella?, “qué tonta estoy” se dijo, y fue a abrazar a su tierna bolita de pelo.

Pero la bolita de pelo no respondió a sus carantoñas, sino que siguió durmiendo, recogida como estaba.

“Cariño, ¿qué te pasa?” ...



Tania Lobato

Al instante Lorraine comprendió. Su gata, su *petite chatte*, su Pieds-Blancs, no dormía; en realidad la *petite chatte* estaba muerta.

Muerta.

Lorraine sintió que se le hundía el mundo otra vez y estalló en lloros:

¡Oh, Pieds-Blancs!, ¡no puede ser!, ¡no puede ser!, ¡no lo entiendo!, ¿por qué?.

Estaba profundamente desconsolada, ¿por qué la había abandonado así?, ¿por qué justo ahora que se sentía dichosa otra vez?, ¿por qué la vida era tan injusta que cuando te daba algo te tenía que cobrar otra cosa a cambio?.

Lorraine se enjuagó las lágrimas como pudo y retornó a mirar a la bolita de pelo inerte.

Entonces comprendió.

Los gatos no pueden sonreír, pero un gesto de la felicidad más absoluta se vislumbraba en la cara de Pieds-Blancs

**(Enero-Junio 2006)**